

B.M.V.E., T. 1435.

Ayuntamiento de Madrid

De la Revista Científico-Literaria de ⁷¹
Medicina de Infancia - Madrid - Barcelona
Año 1968 - Año II n.º 7.

VI

MUSEO MUNICIPAL MUSICAL

Es este un museo típicamente madrileño, fundado por un español de primera fila, D. Víctor Espinós Moltó, en 1919, aunque no fuera inaugurado oficialmente hasta 1930. Está situado en el viejo Madrid de los Austrias y en su categoría es único en España. El Museo de la Biblioteca Musical del Ayuntamiento de Madrid se emplaza en el número 8 de la calle Imperial, con entrada también por el número 3 de la Plaza Mayor, típica plaza madrileña que todavía en el siglo xv era frontera con el campo, y por eso se llamaba «del Arrabal», construida por Juan Gómez de la Mora desde 1617 a 1620 por orden de Felipe III. Esta plaza, y por tanto el edificio donde está enclavado el Museo Musical, ha sido termómetro de la vida política y religiosa de España. Si se hiciera una historia de la Plaza Mayor se tendría que escribir de toda la Historia de España, y sobre todo se sabría perfectamente, en cada época quién gobernaba en la nación. Digamos sus nombres, Arrabal, se transformó en Mayor, pero al promulgarse la famosa Constitución de Cádiz de 1812 tomaría el nombre de Plaza de la Constitución, para en 1814 al caer los liberales llamarse Plaza Real, en 1820 Plaza de la Constitución, en 1823 Plaza Real, en 1835 Plaza de la Constitución, en 1873 Plaza de la República, en 1874 Plaza de la Constitución, y ya en nuestros días Plaza Mayor. Parecía como si nuestros antepasados no tuvieran más misión que cambiar regímenes políticos y los nombres a dicha plaza. Pero también ha sido escenario de todo lo grande que en materia religiosa ha sucedido en España, ya que en ella se canonizaron a San Isidro, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri. Y eso que pasamos por alto las corridas de toros, los autos de fe de la Inquisición (teóricos, pues la hoguera se situaba en la Glorieta de San Bernardo) y las famosas ejecuciones, como la de Rodrigo Calderón («más orgulloso que don Rodrigo en la horca»). Otro aspecto, quizá más interesante, fueron los tablados que se levantaron durante la época de los dos últimos Reyes Felipes, para representaciones teatrales al aire libre, y donde se consagró y ejerció una verdadera dictadura el teatro de Lope de Vega. Esta finalidad es la única que hoy subsiste, para representaciones teatrales o coros y danzas. En medio de la plaza está la estatua de Felipe III, su fundador, bronce de Juan de Bolonia, momentáneamente quitado, por unas obras.

El Museo de la Biblioteca Musical Municipal, está enclavado en el edificio de la plaza Mayor que se denominó «Casa de la Carnicería», por su antiguo uso de surtir de alimentos a la villa, luego formó parte del Ayuntamiento, con el



F76/167745

B.69/60354

R. 10.536

A.55/181082

Ayuntamiento de Madrid

nombre de «*Tercera Casa Consistorial*». Desde sus balcones ricamente recubiertos con tapices y reposteros, se observaba todo el latir de las diferentes Españas. No es de extrañar, que con tan rica historia, don Víctor Espinós, hombre también original y multifacético, se fijara en 1919 en dicho edificio para la consecución de sus ideas. Enamorado del arte en general y de la música en particular, era un científico y artista también enamorado de parques y jardines, y con los cargos de Director de las Bibliotecas Circulantes Municipales y de las Bibliotecas de los Parques de Madrid, llenó todos los jardines madrileños de templete o pabellones, abarrotados de libros, en especial para la juventud, en diferentes idiomas, y que prácticamente en nuestros días, han desaparecido. Toda su labor cultural fue en vano, y en Madrid, no queda casi huella, desde 1947, en que murió ese gran hombre nacido en Alcoy (Alicante) en 1871, que podemos considerar como uno de tantos quijotes españoles, que luchan en el desierto.

La Biblioteca y Museo Musical tiene dos secciones principales, una sección de obras musicales y otra sección de instrumentos. Las primeras aportaciones fueron donativos de la Infanta Isabel y de varios músicos y personajes de la época a su fundador. Además Víctor Espinós fue un investigador de las obras musicales que se han hecho en todo el mundo sobre el libro de Cervantes, «Don Quijote de la Mancha», del que consiguió reunir, regalándolos, un centenar de Quijotes musicales diferentes, todos con sus catálogos, pentágramas y apéndices de observaciones. Esta labor de incremento del patrimonio del Museo la ha proseguido su hija, que colaboró desde pequeña con su padre, y luego por oposición, en 1930, pasó a miembro de Archivos y Bibliotecas. En la actualidad es ella —Juana Espinós Orlando— la Directora del Museo, por su cualidad, añadida, de crítico periodístico de música, la que recibe muchas obras y discos, para criticarlos, y en vez de quedarse con los originales, los regala a la discoteca municipal; de esta manera ha conseguido durante más de veinte años de Directora reunir una discoteca de 500 discos, de primera fila, preferentemente antológicos de música española, de todos los tiempos, desde el primer Himno de los peregrinos del Camino de Santiago y las Cantigas de Alfonso X el Sabio, hasta los modernos festivales del Ministerio de Educación y Ciencia, incluyendo las últimas obras de Rodrigo, Esplá, Halffter y Arturo Moya.

¿A qué se debe que casi todo el tesoro musical lo hayan aportado el fundador y su hija exclusivamente? Sencillamente que la Biblioteca Musical y Museo Municipal tiene un presupuesto, dentro de la partida de Archivos y Bibliotecas, que se eleva, ¡AL AÑO!, hasta 7.000 pesetas para la compra de partituras y a 2.500 pesetas para compra de instrumentos musicales.

La Biblioteca, que posee un completo catálogo al día, reúne unas 30.000 obras, con más de 85.000 títulos musicales, desde los métodos de solfeo de todos los instrumentos a todos los métodos oficiales de historia, estética, composición, canto, como la más diversa música de piano. Pero destacando como lo mejor de todo ello la serie de Quijotes musicales, la colección más completa del mundo, donde se ve que ha inspirado Cervantes con su obra, otras muchas, como óperas, operetas, música de cámara, poemas sinfónicos, ballets, cantatas, zarzuelas, etc. Entre ellas una trilogía insuperable, que por cierto las posee las tres este Museo.

La primera de ellas, una obra inglesa, la ópera de Henry Purcell titulada «The Comical History of Don Quixotte», de 1694, el primero que se inspiró en Cervantes.

La segunda de Ricardo Strauss, que el autor firma como «Variaciones fantásticas sobre un tema caballeresco», estrenado en Berlín en 1898, en que la viola es Sancho y el chello es Don Quijote, poema sinfónico que evoca el ataque a los molinos de viento y el ataque a los corderos.

La tercera obra, la de Manuel de Falla, por todos conocida, «El retablo de Maese Pedro», que fue el que más ha respetado el texto cervantino y el que le ha impregnado más furia española. La verdadera historia que trata de la libertad de la dama Melisendra, por su esposo Gaiferos. Es una escena de guiñol, el retablo, que lo están viendo representar varias personas, entre ellas Don Quijote y Sancho entremezclados con el pueblo, y se introduce tan profunda la farsa en la mente del Hidalgo que cree en su realidad, y sale a defender a Melisendra de los moros y arremete con el guiñol destrozándolo. Confunde a Melisendra con Dulcinea y termina con una romanza, cumbre del lirismo español. El Retablo de Maese Pedro, escenificado en 1923, en la casa de la Princesa de Polignac, con todo su aparato guiñolesco, en que colaboraron artistas españoles residentes en la capital de Francia, es uno de los últimos y más completos Quijotes musicales, y quizá el mejor, con una ordenada confusión sinfónica en que se pinta la terrible cólera y la agresión feroz del bueno de Don Quijote, capaz de las más temerarias aventuras, para que ningún malandrín estorbe la dicha de Melisendra, como se oponen a él los encantadores en su devoción hacia Dulcinea.

Ahora bien, hay un aspecto más interesante que su riqueza en este Museo y en esta Biblioteca. Y es su cualidad de «circulante». Sus instrumentos musicales y sus libros son prestados para llevárselos a domicilio, previa consecución de un carnet de lector o de músico, que se entrega a todo el que tenga un simple carnet de identidad y un domicilio estable, que no sea pensión u hotel. Solamente en el caso de instrumentos musicales se necesita un fiador con casa comercial abierta. Esto es muy importante para aficionados que no tengan medios y estudiantes que tienen vocación y cuando han dejado sus estudios primeros de solfeo en el Conservatorio, y se quieren especializar en una rama instrumental cualquiera, se encuentran sin medios económicos para practicar en un instrumento propio. Así, en este Museo vivo y al alcance de todos, se pueden llevar los instrumentos musicales a su casa, excepto los pianos, por su gran tamaño, pero para los cuales hay acondicionadas cuatro cabinas independientes, sin sonoridad externa, aisladas en corcho, y con cristal doble y grandes cortinas, para tocar por horas, en días alternos, sin molestar a nadie; el año pasado, solamente en piano, hubo 35 estudiantes que completaron un curso entero, algunos de ellos extranjeros, como Valentín Suric, becario de Cultura Hispánica, argentino, que montó aquí todos sus programas de concierto, y que al solicitar en su instancia de ingreso, una cabina con piano, explicó el gran problema económico de un instrumento caro para trabajar. Y es una lástima, que vengan hasta del extranjero para acogerse a estos beneficios, y en cambio los españoles, e incluso los madrileños, desconozcan esta Institución. La Directora del Museo, no se explica este desco-



nocimiento, abandono y ausencia de visitantes españoles. Recuerda una anécdota de un estudiante polaco, alto, espigado, tímido, sin padres, recién salido de un campo de concentración nazi de Alemania, que vino aquí para estudiar piano, y lo primero que interpretó en este Museo, como decimos, nada más salir de un campo de concentración, fue una Polonesa de Chopín, con un brío, que la Directora a través de los cristales, y con la puerta abierta, se quedó emocionada de tal cúmulo de temperamento en tan frágil criatura.

Dentro de la Asociación Internacional de Bibliotecas Musicales, se lleva la palma de su abundancia, Alemania, donde hay hasta en los pueblos más pequeños. Pero en España (descartando algunos Conservatorios y la Biblioteca Nacional, que tienen un poco de música), propiamente, con el concepto mundial de circulante y gratuito, sólo hay esta Biblioteca en España, las demás son simples secciones de música, las más de las veces muy pobres. Y no es que vengan aquí sólo principiantes, sino personalidades consagradas, como Ana María Olaria, gran cantante, que sólo aquí encontró la partitura de la ópera «*Rigoletto*», para ensayarla, consiguiendo un gran éxito. Otros antes de interpretar una «*Sonata*» de Beethoven, vienen a escucharla por un Iturbi, por ejemplo, luego se encierran en sus cabinas de piano, y hacen su propio estudio.

Los discos que posee el Museo, en su sección de Discoteca, se oyen aquí mismo, y no son circulantes, como en Alemania, que por tener varias ediciones, y sus reproducciones en plástico, prestan éstos, que casi no se estropean, y siempre se quedan con los originales, que jamás prestan. Incluso en Dusseldorf, se ha llegado a la perfección, de tener salas con auriculares, para oír ellos solos y no molestar a los demás.

La sección circulante de instrumentos está dividida en los de tipo popular (como guitarra, laúd, bandurria, mandolina) y de instrumentos de cámara (violines, violas, violonchelos) y faltan los instrumentos de viento, por la razón práctica de la higiene, ya que serían peligrosos en una sección circulante de estas características. Muchos de los estudiantes del Conservatorio madrileño vienen aquí porque les envían profesores suyos, como Pedro Lerma y Lucas Moreno, o el mismo Cristóbal Halffter.

La sección propiamente de museo, tiene instrumentos rarísimos, de múltiples países y de la más diferente época. Aquí contemplamos el campanil turco, los instrumentos de percusión de los macabebes, las flautas japonesas y los musicales Yan-Kin, las chirimías y las guitarras-lira, la dulce guzla yugoslava junto a los ukeleles. La viola de amor del siglo XVIII. Los pianos de viento franceses plegables. El banjo y el arpa. La gaita y la bandurria. Los alegres timbales y la flauta. Y no solamente piezas antiguas, de simple decoración, sino modernas de un gran sentido emotivo, como el armonio-maleta, de Ofelia Nieto, que transportaba en todos sus desplazamientos o la famosa guitarra de Andrés Segovia, que todavía parece llorar melodías folklóricas, y que contribuyó, ciertamente, a que este instrumento de cuerda, tan español, casi todas las orquestas modernas lo hayan adoptado, e incluso se utilice la guitarra en la música sinfónica, y no digamos nada en la música religiosa, con las ya conocidísimas Misas en Flamenco o en Cante Hondo.